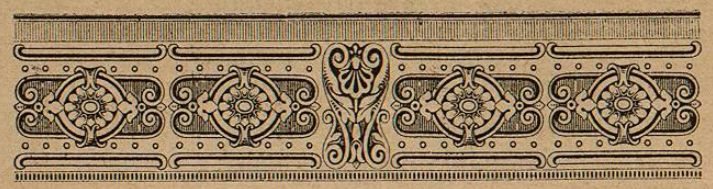

CAPÍTULO XI.

Atormentan los demonios á la Santa.—Prodigiosa virtud del agua bendita.—Heróica caridad de Teresa con un pecador.—Ningún caso hace del poder de los demonios.—Comunica su espíritu con San Pedro de Alcántara.—Cómo quedaba el alma de la Santa cuando el Señor retiraba su gracia.

Además de los trabajos interiores y exteriores dichos, y que tan fatigada traían á la Santa, permitió también el Señor fuese atormentada por el demonio, para quedar éste de todas maneras confundido, y siempre triunfante Teresa. Estando una vez en el oratorio, vióle á su lado izquierdo de abominable figura, en especial la boca que la tenía espantable. Parecía que una llama muy encendida le salía de todo el cuerpo, y con voz espantosa oyó que le dijo: *Bien te has librado de mis manos, pero yo te tornaré á ellas.* Sobrecogida de temor, santiguóse como pudo, y desapareció, aunque tornó una y otra vez, hasta que echó agua bendita hacia donde estaba, y no volvió más por entonces. En otra ocasión la estuvo atormen-

tando con terribles dolores y con un desasosiego interior tan insufrible, que no se podía valer. Las que la acompañaban no sabían qué hacer con ella, según eran de grandes los golpes que con cabeza y brazos y todo el cuerpo haciale dar el maldito enemigo, al cual quiso el Señor viese en forma de negrillo horripilante, y regañando como un desesperado, porque de donde pretendía ganar, perdía. No se atrevía la Santa á pedirles agua bendita, por no amedrentarlas, y porque no entendiesen lo que era; mas como no cesase de atormentarla, dijo con mucho disimulo. *Si no se riesen pediría agua bendita;* trajéronsela, y habiéndola ella echado por la parte donde veía al negrillo, desapareció en un momento, y también todo el mal como si con la mano le quitaran, salvo que quedó cansada, y cual si la hubieran dado de palos. Hízole gran provecho este suceso, porque pensó que, si permitiéndolo Dios, tanto mal hace el demonio á cuerpo y alma, que aun no son suyos, cuánto más hará cuando se le entreguen para ser por él castigados. Otra vez, que estaba sola, vino á molestarla el enemigo; pidió agua bendita, y cuando entraron las religiosas, ya se había ido, aunque advirtieron un olor muy malo como de piedra azufre.

Es prodigiosa la virtud y eficacia del agua bendita, para ahuyentar los malos espíritus, y muy digna de alabanza la costumbre entre buenos cristianos de tenerla á la cabecera de la cama, para con ella santiguarse al despertar y al dormir. La Madre Teresa con la grande fe que tenía, experimentaba al tomarla particular consolación. «Es cierto, dice, que lo muy ordinario es sentir una recreación, que no sabría yo darla á entender, con un deleite interior, que toda el alma me conforta. Esto no es antojo, ni cosa que me ha acaecido sola una vez, sino muy muchas, y mirado con gran advertencia; digamos como si uno estuviese con mucha

calor y sed, y bebiese un jarro de agua fría, que parece todo él sintió el refrigerio. Considero yo, que gran cosa es todo lo que está ordenado por la Iglesia, y regálame mucho ver que tengan tanta fuerza aquellas palabras, que ansí la pongan en el agua, para que sea tan grande la diferencia que hace á lo que no es bendito» (1).

Hallándose en cierta ocasión en coro, dióle un gran ímpetu de recogimiento, y porque no lo entendiesen las demás, fuese de allí. Á poco sintieron las de coro dar grandes golpes hacia donde la Santa estaba, la cual oyó junto á sí hablar, y como si concertaran algo, aunque por hallarse muy puesta en oración, nada entendió, ni hubo miedo. Subía de punto la rabia y furor del enemigo, cuando sospechaba que por las oraciones de esta Virgen había de salir algún alma de mal estado. Entonces, semejante al león que le arrebatan la presa, bramaba y se deshacía, y dándole Dios licencia, descargaba su saña contra ella. Aconteció en una ocasión venir á la Santa cierto sujeto, que hacía dos años y médio se encontraba encenagado en un vicio de los mas abominables, y pidióla con mucho encarecimiento le tuviese presente en sus oraciones. Como nuestra Madre era tan compasiva, hubo lástima de aquella pobre alma. Causábanle, sobre todo, grandísima pena las multiplicadas ofensas que á Dios se hacían, porque el tal sujeto cada vez se encontraba más metido en el camino de perdición. Tomó Teresa á su cuenta la conversión del miserable pecador, y entrambos dejaron concertado el escribirse mutuamente; él para dar cuenta de sus determinaciones, y ella con el fin de excitarle á romper las cadenas del vicio que le esclavizaba. Solo fué menester que escribiese una carta para moverle á contrición y verdadero arrepentimiento;

(1) Vid. c. XXXI. n. 2.

porque las palabras de la Santa salían de un pecho abrasado en amor divino, y llevaban consigo tal eficacia, que no podían menos de ablandar los corazones más rebeldes y empedernidos. Irritado Satanás por la conversión de esta alma, procuró hacerla de nuevo caer; y en tanto aprieto se vió el pobre pecador, que escribió á Teresa diciendo ser tan grande el tormento de la tentación, que parecía se encontraba en el infierno. Deseando ardientemente nuestra Madre el remedio eficaz de dicha persona, aunque fuese muy á costa suya, con un rasgo de heróica caridad atrevióse á pedir al Señor que, sí en ello era servido, consentiría en ser atormentada de los demonios, á trueque de ver á aquella libre de la terrible tentación, que á tanto peligro la ponía de pecar. Aceptó su Majestad la generosa oferta, y desde aquel momento dejaron los espíritus infernales de molestar al hombre convertido, viniendo sobre nuestra Heroína con tan gran furia, que pasó un mes de indecibles tormentos.

Estando en el oratorio una noche de ánimas, recitando el oficio de difuntos, acabado un nocturno, comenzó á decir las oraciones puestas al fin del rezo, y queriéndolo impedir el enemigo, púsose sobre el libro. Santiguóse, y huyó, mas volvió otra vez; echó agua bendita y desapareció del todo. Con esto pudo acabar las oraciones, y vió que al instante salieron algunas almas del purgatorio. En otra noche cargaron sobre ella con tanta rabia, que pensó la ahogaban; rociáronla con agua bendita, y vió huir á multitud de demonios en precipitada fuga, como quien se va despeñando. «Son tantas veces, dice con mucha gracia, las que estos malditos me atormentan, y tampoco el miedo que yo los he, con ver que no se pueden menear, si el Señor no les da licencia, que cansaría á vuesa merced, y me cansaría si las dijese..... El caso es que ya tengo

entendido su poco poder (si yo no soy contra Dios) que casi ningún temor les tengo, porque no son nada sus fuerzas, sino ven almas rendidas á ellos, y cobardes, que aquí muestran ellos su poder» (1).

Dicha inhabilidad de los demonios para poderla dañar en nada, fuéle representada en cierta ocasión. Veía en su derredor infinidad de rabiosos espíritus inmundos, deseosos de hacerla mal, mas al mismo tiempo encontrábase cercada de una gran claridad, donde aquellos no podían penetrar, y diósele á entender en esta claridad la protección que el Señor le dispensaba para que los enemigos no se acercasen á ella de manera que la hiciesen pecar.

Y es así que hanse los demonios con los hombres, según el decir de nuestro P. S. Agustín, como los perros atados con cadenas, los cuales pueden ladrar, mas no morder, sino al que voluntariamente á ellos se acerca. Cuando Dios permite que sus siervos experimenten tentaciones y sean atormentados, hácelo para bien de los mismos, como aconteció con Job y otros muchos santos. Parece en ocasiones que se ausenta, y los deja abandonados, y no es así, que bien protegidos los tiene con su diestra, de tal manera que el enemigo no los podrá dañar ni tentar más de lo que permitan sus fuerzas.

Pues volviendo ahora á las señaladísimas mercedes que el Señor hacía á su Sierva de darle aquellos ímpetus tan grandes que no podía reprimir, y aquel penar sabroso, efecto de la llaga del amor divino, que llevaba impresa en el corazón, no podía entender nuestra Madre cómo era el andar á la vez con pena y contento espirituales. Pena corporal y contento espiritual, bien sabía eran posibles, por haberlo experimentado muchas veces; mas tan excesiva pena del espíritu, y al mismo tiempo tan grandísimo gusto, traíala desatinada, y no encontraba quien la pudiera entender. Quiso la divina Providencia que en el año de 1560, cuando aun no se encontraba libre de temores, y padecía hartas contradicciones por parte de los buenos, acertase á pasar por Ávila el santo varón Fr. Pedro de Alcántara, portento de mortificación y penitencia, y muy experimentado en materias de espíritu. Tuvo noticia de la venida de este esclarecido Franciscano á la ciudad, D.ª Guiomar de Ulloa, con quien la Santa, de licencia del confesor, comunicaba algunas cosas de su alma, por ser mujer de oración, muy recatada y amiga de guardar secreto en cuanto le confiaban. Parece que Dios concedió á esta piadosa señora la luz y acierto que á otros letrados no le plugo dar; porque desde un principio siempre estuvo firme en creer que era buen espíritu el que regía á su amiga Teresa. Habíala gran lástima al ver lo mucho que padecía, y mirando por su bien, y Dios que así lo guiaba, alcanzó licencia del P. Provincial para llevársela por ocho días á su casa con el fin de que, sin estorbo alguno pudiera tratar el negocio de su alma con Fr. Pedro de Alcántara. Viéronse estos dos siervos del Señor, y como era uno el espíritu que los animaba, y ambos habían aprendido en una misma escuela la perfección que practicaban, penetráronse al momento, y no hubo menester la Santa de grande esfuerzo para hacerse entender. Dióle en suma cuenta de su vida y manera de proceder en la oración, manifestándole los secretos del alma con la mayor claridad que pudo; que en esto de tratar sin doblez ni encubierta á sus directores, puso siempre gran cuidado, y hasta los primeros movimientos quisiera les fuesen manifiestos. Como el bendito Fr. Pedro sabía bien por experiencia cuanto la Santa le comunicaba, dióle luz

(1) Vid. c. XXXI, n. 3 y 4.

en todo, y le dijo que no tuviese pena, y estuviese tan cierta de que era espíritu bueno, que si no eran las cosas de fé, no podían hallarse otras más verdaderas, y que alabase mucho á Dios. Enseñóla como de las visiones que había tenido, eran más subidas y delicadas las puramente intelectuales, y que eran muy posibles. Hízola saber como había padecido uno de los mayores trabajos del mundo, cual era contradicción de buenos; que él hablaría á las personas principales que habían tomado parte en el negocio, dándoles razones que les convenciesen ser espíritu de Dios, y no del demonio el que por dicha gobernaba su alma. Nunca oyó Teresa maestro que mejor la entendiese, y diera al mismo tiempo instrucciones más provechosas para disipar sus dudas, y proceder con acierto en el discurso de su vida.

El caballero Salcedo, en oyendo la palabra autorizada del experimentado Fr. Pedro, íbase inclinando poco á poco á creer fuese cosa de Dios, y ya no hacía tanta contradicción á la Santa. Quedó ésta consolada y tranquila, aunque no de manera que, cuando el Señor apartaba un poco la mano, dejase de temer. Acaecíale algunas veces encontrarse tan destituida, al parecer, de socorros celestiales, y con tan grandísimos trabajos corporales, que no se podía valer. «Todas las mercedes, dice, que me había hecho el Señor, se me olvidaban. Solo quedaba una memoria, como cosa que se ha soñado, para dar pena; porque se entorpece el entendimiento de suerte, que me hacía andar en mil dudas y sospechas, pareciéndome que no lo había sabido entender, y que quizá se me antojaba; y que bastaba que anduviese yo engañada, sin que engañase á los buenos» (1). La fe y demás virtudes parece se le adormecían y amortiguaban; quedando tan seca de de-

(1) Vid. c. XXX. n. 6.

voción, como si nunca hubiera hecho un acto de amor de Dios. Si se retiraba á la soledad, ó á rezar, experimentaba congoja y tormento inexplicables; si buscaba remedio en la lectura, era en vano. Aconteciόle una vez ponerse á leer la vida de un santo, con el fin de despertar la devoción; y con estar escrita en romance, y tener ella tan claro entendimiento, después de leer por cuatro ó cinco veces los primeros renglones, menos entendía á la postre que al principio, y viendo que no adelantaba nada, tuvo que dejar aquella lectura. Ocasiones había en que parece se le quitaba hasta la posibilidad de pensar cosa buena. «Pues tener en estos casos, dice la Santa, conversación con nadie es peor; porque parece á todos me querría comer, sin poder hacer más, y algo parece se hace en irme á la mano, ó hace el Señor en tener de su mano á quien ansí está, para que no diga, ni haga contra sus prójimos cosa que les perjudique, y en que ofenda á Dios» (1). Cuando se veía en tales aprietos procuraba ejercitarse en buenas obras exteriores, para andar ocupada medio por fuerza en alguna cosa de provecho.

Por aquí podremos juzgar á qué triste estado queda reducida un alma, dejada de la mano de Dios. Ofúscase el entendimiento para no ver los fundamentos que hacen creer las verdades de la fe, al paso que presta asentimiento á mil ridiculeces y extravagancias; pierden los estribos las demás potencias, y la voluntad, que es la que más daño experimenta, siéntese tan flaca é inhábil para obrar el bien, que no se pudiera creer, si la triste experiencia no lo enseñara. Muy equivocados viven los pecadores que aguardan á convertirse á lo último de su carrera. Para ello no bastan sus propias fuerzas; han menester la gracia eficaz, que el Señor se

(1) Vid. c. XXX. n. 9.

la puede negar en castigo de su obstinación é insensata confianza. Y no nos engañemos con decir que Dios es misericordioso, y como tal no dejará de acudir con auxilios oportunos en los últimos instantes de la vida. Cierto que nuestro Señor es infinitamente bondadoso, y su misericordia con el pecador arrepentido no tiene límites; pero el caso está en si podemos asegurar que en aquel apurado trance, nos habremos de encontrar en condiciones de querer de veras el sincero arrepentimiento. Porque el hecho es que muchos mueren sin tener tiempo de pensar en nada que toque á la salvación eterna; y otros muchos, aunque no les falta posibilidad de acudir á negocio que tanto importa, es la verdad que desaparecen de la escena de este mundo sin apercibirse como debieran para el juicio de Dios y sus consecuencias.

CAPÍTULO XII.

Muestra el Señor á la Santa en una visión el infierno, y dale á probar algo de sus penas.—El voto Teresiano.—Cómo nació el pensamiento de la Reforma Carmelitana.—Principios de la fundación del primer monasterio de Descalzas.—Consulta nuestra Madre el negocio de dicha fundación con San Pedro de Alcántara y San Beltrán.

Así como el capitán de un ejército, á fin de animar á sus soldados á la pelea, no sólo les estimula con el premio y descanso de que han de gozar después de la victoria, sino que también les pone delante los trabajos de esclavitud y cadenas que les esperan, si cobardes se rinden al irritado enemigo, de la misma manera nuestro sapientísimo Señor, no solamente quiso atraer hacia sí el corazón de Teresa con la poderosísima influencia del amor, y de mercedes extraordinarias, sino que también fué su voluntad disponerla á arrostrar con heróica constancia los trabajos de la cruz, siguiendo bien de cerca los pasos de su